

Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*. Edición ampliada, revisada y con nuevo prólogo de John Gray (Buenos Aires: Taurus, 2015).

RESEÑA

UNA GRIETA EN LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

Pablo Beytía Reyes

Humboldt-Universität zu Berlin

Entre marzo y abril de 1965, el reconocido politólogo e historiador de las ideas Isaiah Berlin (1909-1997) dictó una serie de conferencias sobre los orígenes del pensamiento romántico que fueron recopiladas, editadas y publicadas póstumamente bajo el título de *Las raíces del romanticismo*. Si bien esta obra fue divulgada por primera vez en castellano hace más de una década, en 2015 Editorial Taurus publicó su segunda edición, que añade a la transcripción original de las conferencias un prólogo del filósofo John Gray, nuevas especificaciones editoriales sobre las fuentes bibliográficas del texto y un apéndice que exhibe la correspondencia sostenida entre Berlin y sus colaboradores a raíz de estas exposiciones.

Esta publicación, aún bastante inadvertida en las humanidades y ciencias sociales, contiene tesis profundas sobre la cultura occidental y los cambios sociales contemporáneos que vale la pena examinar en detalle. Con esa intención, en esta reseña analizaré críticamente los principales argumentos sostenidos en las conferencias, además de comentar la información incorporada recientemente al manuscrito. Intentaré destacar las tesis más relevantes del texto, así como evaluar las posibilidades de profundización o validación de estos argumentos al interior de las humanidades y ciencias sociales.

PABLO BEYTÍA REYES. Estudiante de doctorado en sociología, Humboldt-Universität zu Berlin. Magister en filosofía por la Universidad de Chile. Sociólogo y magister en sociología por la P. Universidad Católica de Chile. Email: ptbeytia@uc.cl.

1. ESCRITOS DETRÁS DE LO ESCRITO

La principal novedad de esta edición es el apéndice de cartas de Berlin enviadas a los organizadores de las conferencias y a quienes coordinaron la posterior difusión radiofónica de las presentaciones. Dicha correspondencia no gira alrededor del contenido de las disertaciones, ni aporta nuevos antecedentes sobre la argumentación. Sin embargo, ofrece una imagen sobre el grado de complejidad y relevancia que tenía este proyecto para el autor de *Dos conceptos de libertad*. A pesar de haber sido invitado a dictar las conferencias con cuatro años de anticipación, en diciembre de 1964 Berlin señalaba a sus organizadores: “Estoy muerto de miedo. Ojalá por una razón técnica no pudieran darse en 1965... Para mí sería un milagro. No he escrito ni una palabra, no tengo notas coherentes. Dios sabrá lo que podría ocurrir. Ahora mismo tengo la sensación de que todo se vendría escandalosamente abajo en mitad de alguna conferencia”.¹

Estas cartas contribuyen a bosquejar la personalidad de Berlin, quien manifestaba sin máscaras sus temores y contradicciones internas con respecto al desarrollo de esta obra. Al parecer, las conferencias le provocaban un nerviosismo paralizante, potenciado además por su alto grado de perfeccionismo, paranoia y aversión a la exposición pública. Él aseguraba, de hecho, que cuanto menos hablara en público, más feliz sería, y por ello las conferencias le significaban “una tortura” (205).

Sin embargo, ese nerviosismo no se traducía en un rechazo hacia la difusión masiva de sus ponencias. Frente a la propuesta de una eventual locución radial (finalmente emitida entre junio y julio de 1965), señalaba: “En el mejor de los casos, sólo podría ofrecer unas cuantas intolerables grabaciones en cinta, que, estoy convencido, no serían apropiadas para su emisión. Así pues, tendría quizá que repetir las, a no ser que la BBC prefiriese cancelar” (205). Y mantuvo esa actitud ambigua —con alta autocrítica, pero apertura a la difusión masiva— durante el proceso de edición de los manuscritos. En un telegrama a su editora radial, especificaba con respecto a las transcripciones del audio: “No puedo so-

¹ Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*. Edición ampliada, revisada y con nuevo prólogo de John Gray (Buenos Aires: Taurus, 2015), 204. En adelante las referencias al libro comentado aparecen tan sólo con el número de página entre paréntesis.

portar leer más allá [de la] segunda conferencia corregida[,] pero si cree que realmente no provocarán críticas previas de radioyentes emítalas no en mayo sino por favor cuando yo esté en [el] extranjero” (209).

Algo cambió, sin embargo, luego de esta “tortura” intelectual y su posterior publicación como locución radial. Un año y medio después de las conferencias, Berlin le comentaba al director del programa de la BBC una visión más optimista:

Usted sabe la angustia que sufrí hasta que por fin acepté y la poca estima que tengo por el contenido y forma de las conferencias. El hecho de que no fueran demasiado mal recibidas ha sido un bálsamo para las heridas que, en su mayor parte, me inflijo yo mismo. (...) Me sorprende que la gente siquiera me haya escuchado y las cartas de admiradores que he recibido me han emocionado profundamente. (...) A usted, no obstante, debo expresarle mi más sincero agradecimiento por sus ánimos y su fe irracional en esta empresa. Jamás me habría planteado la posibilidad de dar a escuchar este excesivamente caudaloso río de palabras: más de seis horas de charla atropellada, apresurada, ahogada, a veces incoherente y, a mis oídos, en ocasiones histórica. (209-210)

Como puede notarse, al final de este tortuoso proceso Berlin se mostraba satisfecho por haber sido impulsado a escribir, pronunciar y publicar radiofónicamente este “caudaloso río de palabras”, a pesar de seguir manteniendo una perspectiva crítica con respecto al contenido y la forma de las disertaciones. Seguramente, su alto nivel de perfeccionismo fue uno de los factores que le llevaron a oponerse firmemente a la publicación de estas transcripciones durante su vida. Según Henry Hardy —el principal editor de su obra—, hasta sus últimos años Berlin albergó la esperanza de escribir un libro sistemático sobre el romanticismo,² y probablemente le parecía demasiado arrogante publicar estos apuntes sin un proceso detallado de revisión y expansión (23-24). Sin embargo, ninguno de esos proyectos editoriales llegó a

² Luego de dictar unas conferencias sobre el tema, en 1952, Berlin desarrolló el borrador de un libro sobre el romanticismo que nunca llegó a publicar. En 2014 fueron traducidos y divulgados estos apuntes, bajo el título: *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno* (México: Fondo de Cultura Económica, 2014).

concretarse. Ello determinó que se publicara póstumamente este libro que, si bien “no es más que una transcripción editada de sus conferencias” (17), debe ser valorado como la única manera escrita de acceder a este peculiar conglomerado de ideas.

2. LAS BASES DEL PROYECTO

La tesis principal del libro podría ser resumida así: *el romanticismo alemán provocó un quiebre revolucionario en la cultura occidental, debido a su cuestionamiento radical del paradigma racionalista, modelo de pensamiento que se había asentado predominantemente en Europa desde la época antigua hasta la Ilustración*. Este quiebre, a su vez, habría generado una serie de consecuencias no pretendidas por el movimiento romántico, entre las que destaca la *defensa social del pluralismo y la tolerancia*. La originalidad de este último argumento es considerable: al menos desde la célebre interpretación de Hannah Arendt, en 1951,³ los intelectuales románticos han sido habitualmente vinculados con el despliegue del conservadurismo, antisemitismo y totalitarismo alemanes del siglo XX. Las conferencias de Berlin, en cambio, proponen una interpretación más compleja, aunque compatible con la anterior: que a los pensadores románticos les habría salido “el tiro por la culata” (202), porque *sin pretenderlo* terminaron contribuyendo a la difusión cultural del liberalismo en Occidente.

Antes de iniciar su argumentación, Berlin tuvo la precaución de explicar la relevancia del tema y algunos de sus lineamientos metodológicos. Para el historiador de las ideas, el romanticismo es importante en cuanto representa “el mayor movimiento reciente destinado a transformar la vida y el pensamiento del mundo occidental”; “el cambio puntual de más envergadura ocurrido en la conciencia de Occidente en el curso de los siglos XIX y XX” (28). Se trataría nada menos que de “una gran revolución en el conocimiento” (48), pero de difícil observación, debido a que sus definiciones han sido numerosas y contradictorias. Efectivamente, el romanticismo ha sido entendido como unidad y multiplicidad, belleza y fealdad, “fuerza y debilidad, individualismo y colectivismo, pureza y corrupción, revolución y reacción, paz y guerra,

³ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (Madrid: Alianza, 2007).

amor por la vida y amor por la muerte” (47). Por ello, uno de los objetivos intermedios de este libro es mostrar que el romanticismo efectivamente existió y tuvo elementos que lo identifican claramente de otros discursos intelectuales (48); sólo desde esa base podría argumentarse que este movimiento generó una gran revolución en el conocimiento y la vida de Occidente, es decir, la tesis central del libro.

Por otra parte, en el inicio de sus conferencias, Berlin transparenta la manera en que él interpreta el cambio histórico y el procedimiento que utiliza para su observación. La historia —especifica el intelectual de origen letón— “es en gran medida una historia de modelos dominantes” (28), los cuales sostienen formas de pensamiento, conciencia, opinión, acción, moral, política y estética. Por ello, el foco de la investigación histórica no estaría en la observación de una gran cantidad de hechos, en destacar la acción de héroes revolucionarios, en describir la lucha de clases o en identificar dinámicas institucionales. Lo más importante, desde la óptica de Berlin, sería descubrir aquellos modelos que rigen la creación de productos culturales en los ámbitos más diversos, reflejando con ello una pauta de vida específica. Y dado que en este caso su tesis implicaba la caracterización de algo tan vasto como una civilización —describir el mundo en que pensaron, sintieron y actuaron ciertas personas—, el paso inicial de la investigación sería la identificación del modelo dominante que ha regido latentemente a dicha civilización.

Este énfasis en la identificación de modelos históricos preponderantes —algo bastante cercano a lo que, en el ámbito científico, Thomas Kuhn había denominado “paradigmas”—⁴ no debe ser entendido como un postulado idealista, en el sentido de atribuir autonomía histórica a los sistemas de ideas, en menoscabo de elementos externos al pensamiento humano. “Las ideas —sostiene decididamente Berlin— no engendran ideas”. Por el contrario, su propuesta es que algunos factores sociales y económicos serían responsables de los grandes trastornos en la conciencia humana (34).

En síntesis, Berlin utiliza una perspectiva historiográfica destinada a observar modelos o patrones culturales dominantes y a explicar las ideas analizando su “incrustación social y económica”. Ello permite

⁴ Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (1962; México: Fondo de Cultura Económica, 1971).

entender por qué, en estas conferencias, opta por estudiar la pugna entre racionalismo y romanticismo —dos modelos discursivos sobre el conocimiento y la cultura—, negándose, por otra parte, a explicar el cambio histórico como una lucha abstracta entre ideas desarraigadas del contexto social que las posibilita y otorga eficacia histórica.

3. EL GRAN SUPUESTO SOBRE LA CULTURA OCCIDENTAL

Con los lineamientos metodológicos descritos, el politólogo de Oxford se internó en la observación del romanticismo como proceso histórico transformador de la vida occidental. Berlin inicia este proceso realizando una contundente y provocativa afirmación, que definirá totalmente la estructura y el resultado de la argumentación posterior: “Son tres las proposiciones que, si hemos de hacer una reducción extrema, constituyen, por así decirlo, las bases sobre las que se ha apoyado la tradición occidental en su totalidad”. Se trata nada menos que de tres afirmaciones que resumirían el modelo histórico racionalista dominante en Occidente: a) “toda pregunta de carácter genuino puede responderse”; b) “todas estas respuestas son cognoscibles”; y c) “todas las respuestas han de ser compatibles entre sí” (51-52). En suma, se trata de un modelo que entiende la naturaleza como si fuera un rompecabezas, considerando que la principal dificultad, para quien pretende interpretar la realidad, estaría en hallar el modo de poner las piezas (respuestas cognoscibles) en el lugar correspondiente.

La centralidad global de este patrón de pensamiento es discutible, e incluso John Gray califica la afirmación de Berlin —en el prólogo a las conferencias (11)— como “posiblemente exagerada”. En mi opinión, esta descripción del modelo cultural dominante en Occidente está orientada hacia la dirección correcta, aunque necesita complementarse con algunas especificaciones.

La historia del pensamiento occidental respalda la centralidad cultural del supuesto de que existe una realidad única —es decir, cuyos elementos observados deben ser compatibles entre sí— y susceptible de ser conocida por medio del razonamiento. Al menos desde Parménides y los filósofos eleáticos, la corriente intelectual *ortodoxa* ha planteado que el ser de las cosas es idéntico —fijo, estable, previo y

dado—, por lo que la verdad sería eterna, única e invariable.⁵ Ello ha llevado a que la mayoría de las escuelas de pensamiento supusiera la existencia de una naturaleza trascendente a las percepciones individuales, las cuales eran calificadas como inestables, variables e incoherentes con otras experiencias subjetivas. En ese escenario, el principal problema epistemológico era encontrar un modo de observar la realidad única sin caer en la arbitrariedad del punto de vista particular. Ya en el pensamiento presocrático se había establecido un antagonismo entre lo percibido por los sentidos y lo que es pensado,⁶ aunque aparentemente fue Sócrates el primero en sostener que la razón constituía un universo más perfecto y superior que el mundo individual de las experiencias cotidianas. Esta idea se mantuvo en la base del pensamiento de Platón y Aristóteles, fue recuperada posteriormente por los pensadores cristianos y luego sostenida en los postulados renacentistas e ilustrados. De tal modo, se puede apreciar la existencia de una larga y dominante tradición racionalista en Occidente, que se fundamenta en el supuesto de que el sujeto es capaz de acceder, por medio de la razón, a una realidad trascendente sin deformaciones.⁷ Esta idea calza, en lo esencial, con lo que Berlin plantea al sugerir que la realidad se ha entendido como algo cognoscible y que todas las respuestas sobre ella debieran ser compatibles entre sí.

En ese sentido, me parece que este supuesto apunta en la dirección correcta, aunque debieran especificarse sus límites discursivos. Desde los sofistas,⁸ y especialmente gracias a Protágoras (“el hombre es la medida de todas las cosas”),⁹ se puede identificar en Occidente una tradición de pensamiento relativista, la cual propone que el sujeto no puede evadir su particularidad, por lo cual el conocimiento de la realidad (entendida como única e invariable) sería imposible. Dado que esta rama intelectual es un segmento relevante y reconocido del pensamiento occidental, efectivamente parece exagerado señalar que

⁵ José Ortega y Gasset, “Historia como sistema” (1935), en *Obras completas*, tomo VI (Madrid: Alianza, 1964).

⁶ Arthur Schopenhauer, *Respuestas filosóficas* (Madrid: Edaf, 2001), 45.

⁷ José Ortega y Gasset, “El tema de nuestro tiempo” (1923), en *Obras completas*, tomo III (Madrid: Alianza, 1964).

⁸ Guillermo Romero, “Fuentes clásicas del relativismo”. *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Políticas y Morales* 2 (2008).

⁹ Platón, *Teeteto o de la ciencias* (Aguilar: Buenos Aires, 1968).

las tres afirmaciones mencionadas por Berlin han apoyado la tradición occidental *en su totalidad*. Más específicamente: si bien el relativismo clásico coincidía con el racionalismo al entender la realidad como una estructura única e invariable¹⁰ (es decir, la idea que fundamenta la tercera proposición de Berlin), puso en duda que ella sea *cognoscible* (segunda afirmación).

Considerando la tradición de pensamiento relativista, me parece que existen dos alternativas para reformular el supuesto basal de Berlin con mayor exactitud, manteniendo además en pie el argumento fundamental del libro. La primera sería acotar sus pretensiones de generalidad: aclarar que se trata de supuestos *dominantes*, que no se vinculan con la tradición occidental “en su totalidad” (51), sino que específicamente con el modelo de pensamiento racionalista que, en todo caso, ha imperado históricamente en Occidente. Esta modificación me parece especialmente sensata e inofensiva, ya que tendría repercusiones casi imperceptibles en la estructura argumentativa del libro.

La segunda alternativa sería limitar las proposiciones del modelo a un supuesto más general de la cultura occidental: la idea de que *la realidad tiene una estructura única e invariable*, lo cual implica la exigencia de unidad, armonía y compatibilidad entre todas las ideas verdaderas sobre la naturaleza. Esta noción, especialmente vinculada con la tercera afirmación propuesta por Berlin (sobre la compatibilidad entre las respuestas), ha sido común tanto al racionalismo como al relativismo, por lo que lograría una mayor generalidad como presupuesto totalizante de la civilización occidental. Me parece que esta afirmación, por otra parte, sería suficiente para desplegar con coherencia el argumento posterior del libro: como se verá más adelante, la intención de Berlin no es caracterizar el romanticismo como un movimiento que objetaba la posibilidad de responder preguntas genuinas (primera afirmación) o de conocer dichas respuestas (segunda afirmación), sino que por su cuestionamiento de que existe una naturaleza o estructura oculta de la realidad (tercera afirmación). De este modo, creo que para sostener la tesis principal del texto —el papel revolucionario del romanticismo en la historia cultural occidental— sería suficiente con especificar que el modelo histórico de Occidente suponía una estructura metafísica trascendente, que exigía compatibilidad entre las ideas verdaderas.

¹⁰ Ortega y Gasset, “El tema de nuestro tiempo”.

4. FORJADORES DE UNA GRIETA

Para sostener históricamente su argumento, Berlin realiza una genealogía del cuestionamiento romántico a los supuestos basales del modelo racionalista, analizando las ideas de varios intelectuales alemanes que escribieron fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XVIII.

Paradójicamente, las fisuras precursoras a esta forma basal de pensamiento habrían sido generadas en un núcleo del racionalismo: la Ilustración. Montesquieu, por ejemplo, propuso que no había verdades, instituciones y valores válidos para todo hombre y todo lugar, mientras que Hume dudó de que fuera posible conocer el mundo tal cual es. Sin embargo, el cuestionamiento radical a este modelo se habría producido por primera vez en el romanticismo alemán, con una clara influencia del *pietismo*. De hecho, una de las tesis más originales de este texto postula que el movimiento pietista sería “la raíz del romanticismo” (69), en tanto forma religiosa que enfatiza la vida espiritual y desprecia el aprendizaje, el ritual y la pompa. El pietismo alemán, surgido en la segunda mitad del siglo XVII, le daba una tremenda importancia a la relación entre el alma humana doliente y su creador, lo que habría tenido como resultado una intensa vida interior y una gran cantidad de literatura conmovedora, personal y enérgicamente emocional, que rechazaba además el intelectualismo, muy venerado en esa época por los pensadores franceses.

Sin embargo, y en conformidad con su máxima metodológica de que “las ideas no engendran ideas”, Berlin no pone énfasis en la ideología del pietismo, sino que en su manifestación específica en circunstancias sociales y económicas particulares. El Estado prusiano de Federico El Grande (1740-1786), con una mezcla de paternalismo y mercantilismo, se había convertido en el más rico de los estados alemanes, en un proceso político que empobreció a los campesinos y no ofreció suficientes oportunidades a los ciudadanos educados. Esas circunstancias habrían sido propicias para la frustración y humillación de un grupo de hombres que en su mayoría eran hijos de pastores protestantes o funcionarios públicos. Ellos habían sido educados para lograr ciertas ambiciones intelectuales, pero no podían acceder a altos cargos sociales, rigurosamente reservados para la aristocracia. La intensa vida interior de estos hombres frustrados y humillados, agitados además por

las transformaciones políticas de la Revolución Francesa, habría favorecido el surgimiento del romanticismo.

En opinión de Berlin, el escritor que comenzó este proceso fue Johann Georg Hamann, quien afirmó que la base del conocimiento es la fe —no la razón— y promovió la comprensión de lo humano a partir de particularidades vitales —no proposiciones científicas generales—. Hamann no entendía a Dios como un matemático o un geómetra, sino que como un poeta. Pensaba que la vida humana era un flujo unificado que no podía disecarse ni cortarse en segmentos —ni siquiera estableciendo una clara división entre cuerpo y alma— y entendía la creación como el acto humano más inexpressable e indescriptible, que elevaba la voluntad y a su vez permitía al hombre dejar su impronta en el mundo. Con estas líneas de pensamiento, Hamann habría sido la primera persona en declarar abierta y violentamente una guerra contra el pensamiento ilustrado.

Pero en esa guerra no habría estado solo. Berlin defiende la existencia de dos “verdaderos padres del romanticismo”: Johann Gottfried Herder e Immanuel Kant. Ambos, al igual que Hamann, habrían sido educados en un ambiente pietista. Por sobre hombres como William Blake o Jean-Jacques Rousseau, estos pensadores habrían tenido una amplia responsabilidad en el origen y los resultados posteriores del movimiento.

De Herder, Berlin rescata su expresionismo —idea de que toda creación humana manifiesta la naturaleza del hombre—, su énfasis en la pertenencia humana a ciertas tradiciones sociales y su noción de la incompatibilidad entre ideales sostenidos en distintos lugares y épocas. Estas tres ideas coincidían, en efecto, en rescatar la importancia de la tradición y de que las personas digan la verdad tal cual la ven en sus propias circunstancias, *aceptando la existencia de visiones distintas que sean consideradas como igualmente válidas*. Ese fue un gran golpe al racionalismo europeo y, en general, a la civilización occidental, ya que negaba la unidad, armonía y compatibilidad entre las ideas, es decir, aquel pensamiento fundamental que, según Berlin, sostenía la cultura europea: el entendimiento de la realidad como un gran rompecabezas. También estas ideas fueron un insumo relevante para el pluralismo, debido a que el énfasis en la pertenencia social permitía explicar la existencia de ideales incompatibles e igualmente válidos, lo cual abría

las puertas para una defensa de la tolerancia entre distintos contextos culturales.

Kant, por su parte, detestaba el romanticismo, así como cualquier forma de misticismo, extravagancia, vaguedad o confusión. No obstante, Berlin sugiere que su filosofía moral habría tenido una consecuencia no pretendida. En ella, Kant planteaba que la principal diferencia entre el ser humano y el resto de la naturaleza estaba en la posibilidad de elección, es decir, en su capacidad de no seguir rigurosamente la ley de la causalidad.¹¹ La voluntad, aquella potencia que permite escoger entre lo correcto o incorrecto, sería el aspecto humano identificador, aquél que posibilita la autodeterminación y justifica la eliminación del dominio o la explotación entre personas. La ausencia de dominación, por su parte, sería la condición que permite el despliegue de la libertad y la responsabilidad, la modelación de la naturaleza, el paso a la “mayoría de edad” y el compromiso libre con valores morales. Este conjunto de ideas, según Berlin, habría servido como base teórica para influyentes pensadores ligados al movimiento romántico, tales como Friedrich Schiller y Johann Gottlieb Fichte.

Basado en la influencia de estos pensadores y el contexto social prusiano, Berlin propone una relación directa entre los movimientos pietista y romántico. Esta afirmación se basa, por una parte, en la forma religiosa del pietismo —proclive a una intensa y emotiva vida interior— y, por otra parte, en el seguimiento del contexto familiar y formativo de los principales intelectuales románticos. A su vez, se trata de

¹¹ Esta afirmación de Berlin debe ser matizada. En la obra de Kant se pueden distinguir dos niveles analíticos de la libertad: uno trascendental y otro práctico. En el ámbito trascendental, el filósofo sólo postula que no hay una contradicción necesaria en el hecho de que en el mismo acto confluyan la libertad y la necesidad natural (definida por la ley de la causalidad). La afirmación de Berlin tiene validez para el plano práctico, en el que Kant distingue al hombre de otros animales por su facultad de determinarse a sí mismo con independencia de los impulsos sensibles (*arbitrium liberum*). Sin embargo, debe considerarse que Kant no afirmó haber demostrado teóricamente la realidad de la libertad, ni que sea posible comprobar su existencia empíricamente. Berlin parece ser consciente de estas observaciones en el apartado III de *Dos conceptos de libertad*. Véase Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura* (Buenos Aires: Losada, 2003); también *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (Madrid: Pedro M. Rosario Barbosa, 2007). Para una explicación de este tema, véase de mi propia autoría el capítulo 2.2 de *La síntesis raciovitalista de la libertad*, disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/138579>.

un vínculo expresado en un contexto social específico, que potenciaba la frustración y la humillación de los círculos sociales emergentes. Con estos elementos, Berlin edifica una tesis sociológica de considerable envergadura.

Para verificar la validez de esta teoría, sería interesante contrastar estos argumentos con los defendidos célebremente por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905). En una posición aparentemente contrapuesta, el sociólogo alemán argumentó que el pietismo, en vez de estar vinculado a la generación de un movimiento cultural tendiente a la emoción y la irracionalidad, habría ayudado a difundir una ética *racional* del trabajo que tuvo afinidad con el origen del capitalismo moderno —es decir, con el paradigma del cálculo y de la racionalidad instrumental occidental—.¹² En ese sentido, sería relevante evaluar en qué medida la tesis de Berlin es compatible con la de Weber, y con ello aclarar si el pietismo tuvo prioritariamente un papel racionalizador o antirracionalizador en la gestación cultural de la sociedad contemporánea. Por supuesto, también podría defenderse la convergencia entre ambas tesis, pero para ello habría que detallar más la teoría del vínculo entre pietismo y racionalismo —algo que Berlin no hace en *Las raíces del romanticismo*—. Por ejemplo, podría plantearse que dicha relación ha variado históricamente entre el período de la reforma protestante (siglo XVI) y los inicios de la época romántica (siglo XVIII), o que el pietismo promovió la racionalidad en ciertos ámbitos (por ejemplo: el trabajo) y no en otros (por ejemplo: el vínculo religioso con la divinidad).

5. LA ESENCIA DEL ROMANTICISMO

Hacia el final del libro (capítulo VI), Berlin intenta definir las características esenciales de este movimiento intelectual. Como he resaltado, su principal supuesto es que la civilización occidental había mantenido en su base la idea de que existe una naturaleza de las cosas y que la virtud estaría en su conocimiento, en encontrar la clave oculta

¹² Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Buenos Aires: Andrómeda, 2007); también *Historia económica general* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001).

que permite completar el rompecabezas de lo real. Considerando ello, la importancia y principal característica identificadora del romanticismo estaría en haber atacado y dañado gravemente esta posición, que había sido difundida a lo largo de los siglos por Sócrates, Platón, el pensamiento cristiano y la Ilustración. Este gigantesco golpe ideológico se estableció, según Berlin, a partir de dos principios románticos. Primero, el de “la voluntad ingobernable: que el logro de los hombres no consiste en conocer los valores sino en crearlos (...), que nuestro universo es lo que elegimos hacer de él” (168). Segundo, “que no hay una estructura de las cosas. No hay un modelo al que debemos adaptarnos. Existe, solamente, un flujo: la interminable creatividad propia del universo” (169). Ambos principios derivaron en una suerte de oposición a todo intento de representar la realidad analizándola, registrándola, comprendiéndola, comunicándola y tratándola científicamente.

En suma, Berlin propone que lo propio del romanticismo sería *cuestionar la existencia de una naturaleza o estructura oculta de la realidad*, resaltando el poder creador de la voluntad y entendiendo el universo como un flujo interminable. Me parece que esta idea debiera ser evaluada atendiendo a la coherencia entre las obras catalogadas habitualmente como románticas. En primer lugar, debe cuestionarse si estos pensadores efectivamente tuvieron ciertas formas y contenidos comunes. Posteriormente, sería apropiado discutir si la mayoría de este pensamiento puede ser interpretado bajo la clave propuesta por Berlin, o sería más adecuado entenderlo como lo moderno e interesante (Stendhal), lo débil y enfermizo (Goethe), la unión del amor, la religión y la caballería (Sismondi), un volver a despertar de la poesía de la Edad Media (Heine), una revuelta burguesa contra la aristocracia (Taine), egoísmo literario, autotranscendencia y autoafirmación (Brunetière), nostalgia protestante por la Iglesia Católica (Eichendorff), voluntad de amar algo (Aynard) o cualquier otro intento de síntesis que mantenga cierta coherencia argumentativa (42-44). A pesar de que Berlin reseña rápidamente estas posturas en su primera conferencia —con la intención de resaltar las contradicciones e incompatibilidades entre las distintas definiciones—, no realiza una evaluación sistemática de las teorías más competentes, ni argumentos de por qué su propuesta sería más adecuada que las anteriores. Este análisis, a mi juicio, sería necesario si se pretende validar en mayor medida su propuesta sobre la esencia del movimiento romántico.

6. EFECTOS HISTÓRICOS DE UNA REVOLUCIÓN CULTURAL

Desde el siglo XIX, señala Berlin, se propagaron con fuerza en la cultura europea las ideas características del romanticismo. En esa época, por ejemplo, la composición musical, la poesía y las artes visuales empezaron a rehuir el seguimiento de parámetros universales; se dejó de anhelar el orden, la perfección y la aplicación de los ideales clásicos. También se transformaron profundamente algunos valores: el énfasis en la voluntad llevó a considerar más los motivos que las consecuencias de las acciones, y a promover la autenticidad como la virtud más relevante. Del mismo modo, se socavó la idea de que existan criterios objetivos para resolver problemas de valor, política, moral o estética, rompiendo el molde dominante en la historia filosófica. En esa misma línea argumentativa, sugiere Berlin, el romanticismo habría inspirado al existencialismo, el cual se basa en la idea de que no existe algo en el mundo sobre lo cual apoyarse y en el rechazo a una estructura metafísica prefijada del universo. También fenómenos como el fascismo y el nihilismo habrían tenido raíces románticas, en cuanto afirmaban una voluntad imprevisible, que avanza y se autoafirma sin posibilidad de predicción ni racionalización. Finalmente, Berlin considera que tanto la noción de libertad artística como la de que existe una pluralidad de valores incompatibles entre sí son de origen romántico, lo cual habría derivado, seguramente sin intención alguna, en el fortalecimiento del liberalismo, la tolerancia y la apreciación de las imperfecciones de la vida.

Me parece interesante discutir, desde este punto de partida, si los efectos culturales del romanticismo podrían haberse expandido hacia otros espacios culturales no identificados por Berlin. Si se entiende este movimiento como el reconocimiento de una inevitable voluntad creadora y la negación de una estructura natural de las cosas, creo que podrían encontrarse múltiples vertientes de su influencia. El romanticismo, por ejemplo, podría haber tenido un impacto en el desarrollo de la metafísica idealista, la epistemología relativista y la antropológica filosófica voluntarista, todas ellas fortalecidas en el siglo XIX. También podría haber estado en la base de la fenomenología, el constructivismo y el perspectivismo, corrientes que destacan la participación del yo en la creación o selección (no mera recepción) del conocimiento. Es plausible que haya servido como inspiración para el surgimiento de algunas

ciencias humanas, como la sociología y la antropología, que observan las particularidades de la “pertenencia social” (Herder) y se interesan por la génesis de las tradiciones, discursos y modelos de pensamiento. Además, su cuestionamiento de la estructura de la realidad podría haber favorecido la creación del deconstructivismo, así como de los métodos arqueológicos y genealógicos para el estudio de la cultura. Finalmente, el discurso romántico podría haber propiciado lo que a fines del siglo XX Jean-François Lyotard denominó “condición postmoderna”,¹³ es decir, la incredulidad socialmente generalizada con respecto a las grandes narrativas utilizadas para legitimar el conocimiento.

Considerando esta suma de consecuencias y posibles vínculos culturales, no debe extrañar que en las observaciones introductorias a sus conferencias¹⁴ Berlin haya aclarado que su mayor propósito no era esbozar una nueva definición del romanticismo, sino concentrarse en la revolución de la cual es “la más vívida expresión y síntoma”. En efecto, su intención era demostrar “que esta revolución fue, comparada con todos los cambios ocurridos en la vida de Occidente, la más profunda y duradera, no menos trascendental que las tres grandes revoluciones cuyos impactos son indisputables —la revolución industrial de Inglaterra, la política de Francia y la social y económica de Rusia—” (21). En otras palabras, el objetivo más amplio de Berlin era argumentar la existencia de una *cuarta gran revolución occidental*, que, a diferencia de las tres anteriores, habría sido provocada en Alemania y en el plano del conocimiento y la cultura.

Sin embargo, también podría atribuirse a este texto un objetivo *latente* y menos evidente: revalorar el romanticismo como un elemento potenciador de la tolerancia y el pluralismo. Como fue mencionado previamente, la teoría política ha enlazado a *los intelectuales* románticos alemanes con un proyecto histórico muy distinto: el avance del conservadurismo, del antisemitismo y del totalitarismo. No obstante, en este movimiento cultural Berlin identifica una crítica letal a los presupuestos racionalistas basales de la civilización occidental, que desde su perspectiva han colaborado en la generalización cultural de la intolerancia.

¹³ Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne: rapport sur le savoir* (Paris: De Minuit, 1979).

¹⁴ Fragmentos no incluidos en el cuerpo del texto, pero sí en el prefacio del editor.

Según el historiador de las ideas, los supuestos racionalistas dominantes en Occidente han promovido históricamente la convicción de que todos los valores deben ser compatibles entre sí —una búsqueda de “armonía final” que estaría presente en todos los metafísicos racionalistas, desde Platón hasta Marx—. Esta búsqueda, sin embargo, sería “responsable de la masacre humana de individuos en los altares de los grandes ideales históricos”¹⁵ —tales como la justicia, el progreso, la felicidad de las generaciones futuras, la emancipación de una nación, una raza o una clase, o hasta la libertad misma, en el sentido de exigir el sacrificio de individuos por la libertad de una sociedad—.

Considerando dicha postura, este libro también podría ser valorado como una reinterpretación del romanticismo en tanto golpe certero hacia las fuentes culturales de la intolerancia. Esa es la estimación, al menos, que Berlin parece sugerir en las frases finales de sus conferencias:

A partir de esta doctrina pasional, fanática y en parte lunática llegamos a la apreciación de que es necesario tolerar a los otros, preservar un equilibrio imperfecto en las cuestiones humanas (...). Les salió [a los románticos], entonces, el tiro por la culata, ya que, pese a proponerse un objetivo, casi consiguieron —afortunadamente para todos nosotros— el efecto opuesto. (201-202)

7. COMENTARIOS FINALES

Las raíces del romanticismo es un ensayo sobre el desarrollo de una grieta en la infraestructura cultural dominante de la civilización occidental. Pretende explicar un proceso social de cambio que, si bien comenzó en la segunda mitad del siglo XVIII, estaría en la base de múltiples fenómenos contemporáneos. Su argumento principal es que el romanticismo marcó el inicio de una gran revolución cultural en contra de los supuestos elementales del racionalismo, es decir, aquel modelo histórico dominante en Europa desde la época antigua hasta el mundo moderno. La esencia del pensamiento romántico, desde esta perspectiva, sería específicamente el cuestionamiento a la conjetura racionalista de que existe una naturaleza o estructura oculta de la realidad.

¹⁵ Isaiah Berlin, “Dos conceptos de libertad”, en *Sobre la libertad* (Madrid: Alianza, 1958), 257.

Si esta obra se hubiera limitado a definir el romanticismo, tendría únicamente un valor estético y filosófico. Sin embargo, también posee insumos valiosos para las ciencias sociales. Ello se debe fundamentalmente a dos características del argumento. En primer lugar, incluye una propuesta explicativa de esta revuelta civilizatoria, en la que el contexto sociopolítico prusiano y el pietismo serían los factores que determinaron la gestación del movimiento. En segundo lugar, añade un análisis sobre las consecuencias previstas e imprevistas de este proceso histórico, lo cual permite interpretar el romanticismo como un agente contribuyente en el desarrollo cultural posterior. Ambos elementos —la propuesta explicativa y el análisis de consecuencias— contribuyen a delinear la historicidad de este movimiento, mostrando sus raíces y proyecciones sociales. Debido a esta mirada, a su vez, estas conferencias pueden leerse como un estudio sobre los fundamentos del cambio cultural, cuyo argumento base —y aquel que pretende validar— es que las condiciones sociales y económicas son capaces de impulsar una transformación en las ideas y en los supuestos latentes de una civilización. La aceptación de los argumentos centrales del libro se vincula directamente con la validación de ese lineamiento teórico sobre el cambio cultural.

Por otra parte, un libro como éste no debería ser entendido como un tratado sistemático, sino que justamente como un “caudaloso río de palabras”, en donde cada idea sucede a la anterior de manera apresurada y sin mayores medidas argumentativas. Y dado que Berlin expuso estos argumentos en “más de seis horas de charla atropellada”, es probable que ellos necesiten aclaraciones y profundizaciones. Aquí se han delineado cuatro propuestas en esa dirección: 1) medir la afirmación sobre las bases de la civilización occidental, en el sentido de que sea aceptable la existencia de tradiciones de pensamiento que transgreden las bases racionalistas —como el relativismo—; 2) evaluar en detalle el vínculo entre pietismo y romanticismo, atendiendo a quienes han interpretado al primero como una fuente de racionalización; 3) evaluar la caracterización propuesta del romanticismo según su grado de representación global de las obras románticas, comparando además su potencial con el de otras caracterizaciones similares; y 4) ampliar el seguimiento de las consecuencias del romanticismo hacia una mayor gama de fenómenos sociales afines. *Las raíces del romanticismo*, a pesar de estas

orientaciones de profundización, es un libro que merece la mayor atención y discusión en las humanidades y ciencias sociales.

En términos formales, se trata de un ensayo ágil y bien estructurado, cuyo anclaje en el discurso oral no se extiende en desmedro de la profundidad histórica y la solidez argumentativa. Los editores supieron equilibrar adecuadamente las particularidades de esta exposición académica. Por un lado, evitaron al máximo las notas al pie y otros elementos que pudieran entorpecer el seguimiento discursivo. Pero también hicieron una meticulosa recolección de las referencias y citas usadas libremente por Berlin, las cuales fueron documentadas en un valioso apartado al final del texto (214-230). Con ello, los editores facilitaron el estudio riguroso de las afirmaciones mencionadas en el libro, sin eliminar la espontaneidad de un texto que se caracteriza precisamente por su inspiración y divulgación en el lenguaje hablado. *EP*